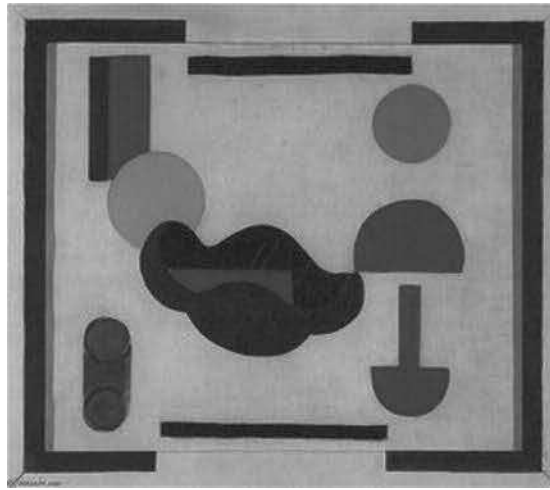




Xavier Martínez Celorrio

Educación y competencias
para vivir en la economía digital



Still Vida (Composición V) 1916. Theo Van Doesburg.

La cuarta revolución industrial avanza imparable en centros de investigación y desarrollo tecnológico, bajo una fuerte competitividad por conquistar nuevas fronteras y límites sin tener en cuenta sus costes sociales y humanos.

Por tanto, debemos anticiparnos al futuro nuevo contrato social para empezar a educar desde hoy mismo de otra forma y con otros objetivos. Conviene repensar la educación del presente, que clasifica y jerarquiza el talento para una sociedad industrial que ha dejado de existir. El objetivo ha de ser la formación de personas libres y críticas, con capacidad de decisión y dominio del nuevo entorno tecnológico para que éste se diseñe ajustado a las necesidades humanas y con sentido comunitario.

LA cuarta revolución industrial ya está aquí entre nosotros aunque no la percibamos. Avanza imparable en centros de investigación y desarrollo tecnológico bajo una fuerte competitividad por conquistar nuevas fronteras y límites sin tener en cuenta sus costes sociales y humanos. Según un informe del banco Merrill Lynch, el 45% de los puestos de trabajo de fabricación en el sector industrial serán robotizados en los próximos 20 años. La inteligencia artificial, cuyas posibilidades y desmanes se nos han mostrado en muchas películas de ciencia-ficción, crecerá un 36% ligada al Internet de las cosas (IoT) y la denominada Industria 4.0. Su aplicación en el hogar, en los servicios, en el transporte, en la sanidad, en las finanzas, en el ocio y en la industria militar y de seguridad reforzará el papel de Estados Unidos, Japón, China, Corea del Sur y la India como nuevos centros de poder y de liderazgo de la cuarta revolución industrial.

ROBOTIZACIÓN Y NUEVO CONTRATO SOCIAL

Se estima que en cuatro años los taxis de Japón serán robots y una parte importante de la logística se realizará con drones y camiones dirigidos sin conductor, prescindiendo gradualmente de miles de empleos humanos. Los recepcionistas de hotel o las cajeras de supermercado son ejemplos de los millones de empleos sustituibles por robots. Buena parte de los obreros de fabricación de la industria, de la venta en comercios, de las rutinas administrativas e, incluso, de ciertas rutinas expertas como la de analistas financieros, abogados y periodistas serán fácilmente prescindibles ante el avance de la robótica y la inteligencia artificial.

La robotización de la industria y los servicios aumentará la productividad un 30% a costa de reducir los costes laborales entre un 18% y un 33%, según ciertas estimaciones. Ahí está la clave de la cuestión. La historia del capitalismo es la historia de su plusvalía y su tasa de ganancia a costa del trabajo humano. Ahora estamos

ante el umbral de una nueva época donde el trabajo humano se va a hacer masivamente prescindible. La pregunta es bajo qué condiciones y límites. Si el futuro del trabajo es una robotización destructora de empleo humano, sin pagar impuestos, sin capacidad de protesta y devaluadora de los salarios de los que queden trabajando, la cuestión es si esa tendencia intrínseca del desarrollo capitalista puede ser regulada en clave de bienestar y equidad y cómo ha de serlo.

La lucha de clases añade una nueva dimensión entre las máquinas y los humanos críticos que defienden un nuevo concepto de igualdad comunitaria. Las nuevas condiciones fuerzan la definición de un nuevo contrato social, de nuevas formas de propiedad y de co-gestión en las empresas y una nueva fiscalidad equitativa. Por eso conviene abrir debates y regulaciones sobre el tipo de post-capitalismo y de sociedad 4.0 que se nos viene encima. Se perfila una inédita alianza interclasista de las víctimas de la robotización, donde las clases medias y obreras pueden emerger como nueva mayoría social determinante ¿Podemos decidir que ya toca repartir el tiempo de trabajo, adelantar la edad de jubilación, redistribuir las enormes plusvalías de la robotización y garantizar la co-gestión en las empresas?

Las utopías de Paul Lafargue o de André Gorz de una jornada semanal de 15 horas, con industrias y sectores que paguen impuestos por los robots que utilizan y con una renta básica de ciudadanía ya no son ideas descabelladas. Son exigencias para un nuevo sindicalismo ciudadano e interclasista, capaz de proponer alternativas post-capitalistas que sean redistributivas y humanizantes ante un futuro que no puede ser post-humano.

EDUCARSE PARA VIVIR, DECIDIR Y DOMINAR UN NUEVO ENTORNO TECNOLÓGICO

Por esta razón, conviene repensar la educación del presente, imbuida todavía bajo un sistema fordista que clasifica y jerarquiza el talento para una sociedad industrial que ha dejado de existir. El objetivo de un sindicalismo post-capitalista en educación ha de ser la formación de personas libres y críticas con capacidad de decisión y dominio del nuevo entorno tecnológico para que se diseñe ajustado a las necesidades humanas y con sentido comunitario. Este objetivo implica universalizar el sentido crítico, el trabajo en equipo, el pro-común, la creatividad, la argumentación, la alternación con los otros y la empatía emocional, desarrollando competencias adecuadas para entornos complejos y siempre con utilidad social. Son virtudes y objetivos que están a años luz del actual sistema escolar *zombie* que, agotado y condenado, sigue vigente con su curriculum y su formato homogéneo del siglo XIX.

¿Qué sentido tendrá educar para generar plusvalía o para asegurar la productividad cuando impere la robótica y la inteligencia artificial en todas partes, cuando las propias máquinas piensen, hagan su propio mantenimiento y se fabriquen a sí mismas? ¿Para qué nos servirá mantener un sistema escolar fordista pensado para disciplinar la mano de obra y dividirla entre la rama manual y la rama intelectual? ¿Qué sentido tendrá en el año 2050 mantener vigente el actual *trivium* y *quadrivium* que nos divide entre las ciencias y las letras por asignaturas? El gran objetivo de la nueva educación será elevar la inteligencia colectiva y el pro-común colaborativo e interdisciplinar en un nuevo contexto de socialización más igualitario, universal y post-materialista.

En este escenario utópico, el prestigio no vendrá dado por el dinero, el lujo o la riqueza material, como pasa ahora, sino por la colaboración, la ayuda mutua y el desarrollo cultural, puesto que todos los sujetos serán desarrolladores culturales de sí mismos y de la comunidad. Si el objetivo post-capitalista es trabajar menos tiempo, co-gestionar las empresas y las instituciones democráticas y contar con una renta garantizada, se abren infinitas posibilidades para ocupar el tiempo en actividades socialmente útiles y creativas, en placeres culturales, deportes, debates ciudadanos y proyectos continuos de mejora del bienestar. Un futuro muy robotizado pero con ciudades colaborativas y repúblicas ilustradas donde lo más relevante sea la infraestructura de bienestar, cultura y convivencialidad, tal y como propuso Ivan Illich y otros utópicos del Mayo del 68.

El futuro robotizado y la economía digital apelan la necesidad de una educación que sea emancipatoria y crítica, asegurando el derecho a aprender con equidad para que todos desarrollen su pleno potencial y todas sus inquietudes. Supone un cambio cultural disruptivo y radical que algunas escuelas ya están empezando a concretar, a contracorriente del actual sistema escolar¹. En conclusión, nos debemos anticipar al futuro nuevo contrato social para empezar a educar desde hoy mismo de otra forma y con otros objetivos. Las fuerzas del mercado o las empresas tecnológicas no pueden dictar cómo ha de ser la educación sino el profesorado, los expertos y las comunidades críticas y transformadoras que ya están cambiando la escuela desde abajo.

¹ MARTÍNEZ CELORRIO, X. (2016): "Innovación y reestructuración educativa en España: las escuelas del nuevo siglo" en AA.VV. *Informe España 2016*. Madrid, Cátedra Martín-Patino.